

Queridos Reyes Magos,

Hace mucho que no les escribo la carta, pero este año me he decidido a hacerlo.

Antes, cuando era pequeña, cada año la enviaba. Pedía regalos, y también algunos deseos, como no ponerme malita, que mis hermanos no me hicieran rabiar, y poder tener un perrito.

Era invierno, hacía frío y las calles resbalaban por la lluvia.

Siempre llevaba la carta al buzón por la tarde. Me acompañaban mis hermanos, Luisí y Moisés; me daban la mano y los tres bajábamos por aquella calle en cuyo final se encontraba el buzón amarillo. A veces había que hacer cola, porque éramos tantos niños en el barrio...

Si no llegaba a poder meter la carta por la ranura, mis hermanos me cogían por los brazos y me subían hasta llegar al buzón.

Un año me regalaron la muñeca Rosaura, que era más alta que yo, así que cuando la quería sacar a la calle para jugar con mis amigas, mi madre o mis hermanos me tenían que ayudar.

Otro año me trajeron a mi muñeco negrito Panchito. Panchito se bañaba conmigo, dormía conmigo, comía conmigo y se sentaba conmigo en el barco cuando nos íbamos a La Gomera de vacaciones en verano.

Otro año me regalaron unos cacharritos de cocina que hasta los podía poner al fuego. Hacía potajes con hierbas y tierra del jardín.

Otro año me trajeron un carrito con una muñeca.

Siempre acertaron, excepto una vez, que pedí un juguete «de niños» para poder jugar con mis hermanos y no me lo trajeron.

Menos mal que a cambio ellos me metían en una manta y me arrullaban de un lado a otro del pasillo. Éste era el juego más divertido.

A mis hermanos les traían bicicletas, equipos de fútbol, juegos de magia, muñecos maderman...

Pero yo no me atrevía ni a tocarlos. Me daban miedo, porque como eran «de niños»...

Una vez, algunos años más tarde, en ese día de envío de la carta, nos encontramos con una señora conocida que me cogió la carta de mis manos y la metió ella en el buzón.

Nunca más le volví a enviar la carta a los Reyes Magos.

Perdí la ilusión y me di cuenta de que hacerse mayor no era tan bueno como yo pensaba.

Así todo, los Reyes me llevaron muchos regalos, pero estaba tan triste, que cuando me levanté sólo pude llorar.

Pensaba que me habían engañado.

¡Cómo cuesta hacerse mayor!

Pero resulta que ser mayor tampoco es tan malo.

Este año, de nuevo, he recuperado la ilusión gracias a la Editorial OB STARE. Y también la he recuperado al conocer a un señor de 70 años enamorado y al ver a un bebé sonriendo. Y también la he recuperado tras haberle perdido el miedo a las dificultades.

Y sobre todo, la he recuperado gracias a la vida.

Queridos Reyes Magos: para el próximo año pediré poder seguir trabajando para que los bebés, los niños y los adultos podamos volver a confiar en la vida.

Te enviamos nuestros mejores deseos para el Nuevo Año.

Eva Darías Esteban